

## Crawling King Snake

Iván Medina Castro

Universidad Autónoma del Estado de México

ORCID: 0009-0006-3270-2033

*Suspiraban las mecanógrafas  
viendo en el pecho tatuado  
del marinero a una pelirroja  
entre la pelambre  
sahumada de alcohol.  
Luis Cardoza y Aragón*

ME PUSE EN MARCHA en el tren al puerto Hoboken, al otro lado del río Hudson, frente a los astilleros. La empresa en la que trabajaba quebró y me sentía amputado. Gracias a un artículo en el *Daily News*, supe de cargueros que por algunos dólares aceptaban a unos cuantos hombres a una travesía por los cuatro puntos cardinales. En uno de esos barcos, el *Crawling King Snake*, tomé un pasaje. No iba en busca de placer, sino de mí mismo, aunque la curiosidad y el engreimiento por saberme surcando aguas por donde ninguno de mis antepasados había soñado navegar me motivaba. No obstante, mi abuela sostuvo hasta la muerte que alguien de su ascendencia había sido preñada por el temible Thatch en el saqueo de Portobelo.

A pesar de que el navío permanecía surto e iluminado bajo las pantallas de los postes, las chimeneas botaban un humo espeso y los marineros mercantes se movían con pesadez, acarreando cajas de whiskey y bultos de café hacia la bodega de carga.

Después de una tempestuosa noche en Nueva Jersey, la sirena alargó su sonido y las máquinas rechinaron desde lo hondo. Era el llamado para abordar. Jonas Bronck, quien fue el primero en subir, se asomó de la proa y vociferó: “Me he embarcado para hallar el séptimo cielo en la zona hiperboreal”.

Coexistiríamos cuatro tripulantes externos entre lunáticos, corazones sin nicho, desempleados y un convicto a quien se había amnistiado. Éramos una especie de náuticos en autonomía que nos bamboleábamos hacia la aventura sobre los caminos

móviles de las escalinatas, los cabos y la cartografía trazada por el destino.

Sin darnos cuenta, perdimos de vista a la Estatua de la Libertad y surcábamos el Atlántico hacia el oeste a los puertos de Marsella o de Hong Kong. Daba lo mismo.

Aquí todos nos conocíamos por nuestras desilusiones. Jonas Bronck, el trilingüe, fantaseaba, leía y charlaba alternando noruego, danés y sueco, según una acrobacia mental de lo más natural. Él se fletó en el *Crawling* dado a que su esposa lo engañó con otra mujer.

Luther Allison, el negro, se consagró en cuerpo y alma a divulgar versículos de las Sagradas Escrituras entre los descarrilados, ya de entrada excluidos del Paraíso que éramos nosotros. No fue fácil predicarle a Bronck, pues para captar su atención, le narraba Salmos en lenguas escandinavas. En poco tiempo, Bronck demostró la reproducción versículo por versículo de los elementos orales fomentada por la liturgia.

Willie Colón, el malo, en libertad condicional, se le vio en el distrito del Bronx y en vista de la preocupación exaltada en el Barrio decidió embarcarse en el *Crawling*; sin embargo, la suerte no le favoreció. Durante una espesa neblina de poker y bourbon regresó a su camerino y en el trayecto resbaló por la borda hasta disiparse en el mar arábigo. Posterior a su desaparición, una extraña vibración aquietó la marea y envolvió el entorno en un silencio casi blanco previo a la intromi-

sión de la palabra. Sin mayor perjuicio o interés, el capitán carraspeó: “Listo... Ya está... Tenemos un criminal menos en el mundo”.

En el puerto de Adén, nos enteramos de que la intervención rusa en Ucrania continuaba.

Cada camarote constaba de dos literas y para el culo una sola bacinica sin rollo de papel. Durante la travesía, viviríamos semejante a inicios del siglo XIX, a la luz de las velas. A mí me tocó compartir la cabina con Allison.

La primera noche en altamar, salí a respirar el mar abierto y sentí el aire seco. La piel pegada al cuerpo equivalente a una membrana extraña se advertía desde que el *Crawling* comenzó a surcar las aguas del Caribe. Algo de eso había leído sobre el trópico. Era de madrugada y estábamos rodeados por el estruendoso oleaje azul, serviles a la desbordante luz matinal de tenues colores anaranjados como si la luna estuviera en creciente. Así arribamos a nuestro primer puerto en el país haitiano.

Con el tiempo, Allison fue presa de un mal que le provocaba sofocaciones amenazando con ahogarlo mientras dormía. Por recuerdos infantiles, supuse que sería capaz de adormecerle las pasiones tocando algún blues en la armónica. Por un instante funcionó, empero, en el transcurso de los días su comportamiento errático se acentuó. Una ocasión estaba tocando igual a las otras noches y fui sorprendido por Allison sosteniendo amenazante un puñal. Trastornado con espuma en la boca, con los ojos girando en sus

cuencas, las venas henchidas de sangre y riendo a manera de un demente, sentenció: “Sobre el lomo de un tiburón haré temblar al Crawling, pues soy Neptuno, hijo de puta”. ¿El infortunio sería acaso consecuencia de su burla a las deidades vudú en el puerto Lafiteau? En otro momento, se despojó de su apreciado manto áureo proveniente del puerto de Mykonos, en el mar Egeo; también de su ropa. Así se mantuvo, desnudo en la popa, hasta que su cabello creció parecido a la de una nereida y sus uñas similares a las de la hidra. Sin duda, estas condiciones aterradoras no podían ignorarse, por lo tanto, de manera unánime decidimos abandonarlo a su suerte. Algo aconsejable, teniendo en cuenta las circunstancias. Aprovechando la estiba en el puerto de Apapa, en el Golfo de Guinea, bajo el amparo de la lluvia lo dejamos vagar en los callejones del antiguo reino.

Era invierno y fuimos alcanzados por las corrientes nórdicas. Tras meses a la deriva llegábamos a la

tierra natal de Bronck, al puerto de Gotemburgo. Ahí supimos que el Estado de Israel acometía casi al exterminio a la población palestina. Antes de partir, Bronck resolvió continuar con la prédica inconclusa de Allison y anunciar lo posible al pueblo sami, así que decidió quedarse, para trabajar duro, muy duro. Sobre todo en esa región ártica donde, además de la pesca en los fiordos, no hay elecciones más que criar renos. Al fin encontraría el séptimo cielo en las auroras boreales.

De vuelta a Los Estados Unidos, en el mismo muelle donde una vez zarpamos, nos despedimos sin jamás volvernos a ver. Es verdad, apenas mencioné a aquellos argonautas a sabiendas de que algún día la gloria los encontrará. Por mi parte, embarqué con cierta propensión a tomar lo nuevo por lo importante y la moda por lo auténtico. Ahora, soy una persona extemporánea que navega hacia finalidades próximas que se alzan a modo de islotes en el horizonte.